

La cuestión del fascismo

AGUSTÍN CUEVA

Desprendidos de un universo teórico que les confiera un sentido inequívoco los conceptos terminan por parecerse a esos albergues de la juventud europeos en donde uno no encuentra más cosas que las que personalmente ha traído. En tal caso los conceptos tienen un uso arbitrario y cualquiera discusión al respecto desemboca en el vacío del nominalismo. Pero hay que suponer que nadie trata en términos tan rudimentarios un problema crucial como el de las brutales dictaduras que asuelan a buena parte de nuestro continente, sino que el tema es abordado siempre a partir de un marco teórico por lo menos subyacente y que convendría volver explícito con el fin de canalizar adecuadamente la actual controversia en torno al fascismo.

Si enfocamos el problema en una óptica weberiana por ejemplo, habrá que proceder a la construcción de un *tipo ideal* a partir de los elementos más significativos de una situación histórica que en nuestra "cultura" ha recibido el nombre de "fascista", creando así un *modelo* heurístico que servirá para evaluar otras situaciones que aparentemente presentan rasgos afines. Mas téngase en cuenta que aquellos elementos "significativos" no se seleccionarán de acuerdo con un criterio distintivo de lo que es realmente esencial y lo que no lo es —puesto que tal jerarquía no existe objetivamente para Weber— sino que la selección estará normada por criterios en última instancia subjetivos ("culturales") como los que maneja la sociología comprensiva. En el mejor de los casos se llegará por este camino a la elaboración de un concepto "típico ideal" bastante descriptivo de fascismo, basado en cuatro, seis, ocho o por qué no veinte o treinta rasgos provenientes de cualquier instancia, forma o aspecto de la situación histórica que sirve de referente empírico. No es por lo demás un azar el que con este "método" se llegue casi siempre a una misma "conclusión" que para Weber —más coherente que sus discípulos— era más bien una premisa teórica: la de que los hechos históricos constituyen constelaciones causales fatalmente singulares y por ende irrepetibles. Y es que, a condición de aceptar de entrada cierta concepción de la historia, el resto se torna evidente por sí solo: el Chile

de los años setenta “obviamente” no es la Alemania de los años treinta, lo del Ave Fénix no es más que un mito.

En cambio, si uno se coloca en una perspectiva de análisis marxista la cuestión se plantea en términos radicalmente distintos. Ya no se trata de construir modelos “culturalmente” significativos ni de trabajar con categorías puramente descriptivas, sino de empezar operando una distinción neta entre lo que es objetivamente esencial y aquello que no lo es, de acuerdo con la teoría materialista y dialéctica y mediante la aplicación de sus categorías más adecuadas a la naturaleza del fenómeno que se busca analizar. Lo que interesa en el caso de regímenes como los del Cono Sur de América Latina es pues conocer su esencia, y no por mero capricho intelectual sino porque ese conocimiento es de vital importancia para la acción política. Si tal esencia coincide con la conceptualización marxista ya existente sobre el fascismo, lo conveniente es llamar a las cosas por su nombre: lo contrario no pasa de ser un acto de logomaquia que incluso nos priva de un término que es al mismo tiempo una consigna de aglutinación y de lucha.

Al hablar de fascismo sin duda aludimos a un fenómeno de la superestructura político-estatal, o sea de aquella instancia en que lo económico se “concentra” a través de la lucha de clases. El Estado, decía Marx, es “el índice de las luchas prácticas de la humanidad”, índice que como sabemos cristaliza en estructuras de dominación de una clase sobre otra u otras. *Quién ejerce el dominio sobre quién y de qué manera lo hace* son por lo tanto las interrogaciones esenciales en la esfera de lo político.

Tratándose del fascismo la tradición marxista —por lo menos desde Dimitrov para acá— parece acorde en responder a estas interrogaciones de una manera muy precisa: el fascismo es la dictadura terrorista que los sectores más reaccionarios del capital monopólico ejercen sobre la clase obrera primordialmente, en situaciones de crisis o cuando por cualesquiera otras circunstancias sienten amenazado su sistema de dominación. En el concepto de fascismo hay por consiguiente un cierto número de elementos esenciales que conviene destacar:

1. Se trata no solamente de una dictadura burguesa, sino de una dictadura en que el sector monopólico tiene el predominio omnímodo, incluso sobre los sectores burgueses no monopólicos.
2. Esa dictadura adquiere un carácter terrorista hasta el punto de producir un cambio cualitativo en la forma de dominación y consecuentemente en la forma del Estado, operando una ruptura radical con las formas democrático-burguesas.
3. Esta forma de dominación se ejerce en lo fundamental contra la clase obrera, que la burguesía identifica como su enemigo principal.
4. Tal dictadura aparece como el “remedio infalible en donde el capitalismo atraviesa por una crisis y teme un colapso” (Togliatti).

¿Y los demás elementos que a veces se mencionan como constitutivos del fascismo, tales como el partido de masas, el soporte pequeño burgués o la ideología nacional-chauvinista? Por el momento limitémonos a recalcar que lo esencial no está en estos elementos puesto que ellos constituyen simples *medios* destinados a “apuntalar” lo fundamental. “Como ya advirtiera Dimitrov —escribe Rodney Arismendi— no es la existencia o no de un partido de masas lo que define primordialmente al fascismo, sino su naturaleza de clase y el cambio cualitativo que impone a las formas del Estado”.¹ Y el mismo Arismendi nos recuerda que en los casos de Finlandia, Bulgaria y Yugoslavia el fascismo se implantó sin una base de masas, apoyado exclusivamente en el aparato militar del Estado. Conviene precisar, por lo demás, que el fascismo no es en modo alguno una dictadura de la pequeña burguesía. Y, en cuanto a ciertos elementos ideológicos concretos que suelen señalarse como característicos del fenómeno, es evidente que se trata de materiales históricos mutables pero que siempre se articulan sobre un eje que les confiere una identidad esencial, reflejo de la estructura básica del fascismo: me refiero al rabioso anti-comunismo.

Definido en esta forma el fenómeno fascista podemos preguntarnos ya si existe o no en países como los del Cono Sur de América Latina. Comencemos por señalar que el hecho de que Chile, Uruguay, Argentina o Brasil no sean países imperialistas, sino por el contrario países sometidos a la dominación imperialista, no es óbice para que allí puedan darse procesos de fascistización; antes bien, la penetración profunda del capital transnacional en esas economías es el punto de referencia fundamental para la comprensión de tales procesos. Si ahora podemos hablar con propiedad de fascismo —seguramente por primera vez en la historia del subcontinente— es justamente porque a través de esa penetración han madurado las condiciones económicas necesarias para que dicho fenómeno pudiese ocurrir.

Casi huelga insistir en que América Latina ya no es en la década de los sesenta una simple área semicolonial en la que el capital imperialista esté presente de manera casi exclusiva en los sectores primario-exportadores; se trata ahora de una región en proceso de industrialización “dependiente”, es decir, de un espacio económico permeado hasta la médula por un capital transnacional que ha penetrado en el seno mismo de nuestro mercado interior. Por muy imprecisamente formuladas que hayan sido las observaciones que algunos autores hicieron la década pasada en el sentido de que el imperialismo no es para nosotros un factor exclusivamente externo sino también interno, no dejaban de revelar la toma de conciencia de una mutación tan importante como la que acabamos de señalar.

Sea de esto lo que fuere, el control de los sectores claves de la industria latinoamericana por el capital imperialista es un hecho que no deja lugar a dudas desde hace más de una década y media, como incontrovertible es también el control que ese capital ha establecido en la órbita financiera.

En torno a estos puntos nuevos de desarrollo del capital monopólico, a los que habría que añadir naturalmente el gran comercio y los complejos agroindustriales de factura más reciente, ha ido creándose además una franja de burguesía monopólica nativa y con ella el elemento interno decisivo para la conformación de un *bloque monopólico* extranjero-local (“transnacional” en el fondo) que, junto con las alturas de la burocracia militar y civil vinculadas no sólo política sino incluso económicamente a él, constituye el eje social de una dominación eventualmente fascista, o sea, presta a fascitizarse cuando las circunstancias históricas lo requieran.

Ya no se trata pues de aquellas complejas situaciones de transición al capitalismo que engendraron a los *regímenes absolutistas* del pasado (regímenes “oligárquicos”), expresión del dominio tripartita de los “junkers” locales, la burguesía “compradora” y los intereses imperialistas; tampoco es ya cuestión de las antiguas situaciones de “enclave”, que en el plano político dieron origen a las *tiranías semicoloniales*; en fin, ya no estamos frente a crisis de hegemonía ocasionadas por fisuras en el seno del bloque oligárquico-burgués-imperial (con o sin la acción de movimientos de masas de confusos perfiles clasistas), crisis que dieron lugar a las *dictaduras militares tradicionales*. Al menos este ya no es el caso de países como Chile, Uruguay, Brasil o la Argentina, aunque en situaciones como las de Bolivia, Nicaragua o Haití los procesos de fascitización se presenten íntimamente entrelazados con elementos de dictadura militar tradicional en el primer caso o de tiranías semicoloniales en los dos últimos.

Conviene insistir en que, sobre todo en el caso de los procesos más avanzados de fascitización, el predominio del bloque monopólico se expresa por el rápido desplazamiento del eje central de poder de las franjas burguesas nacionales (o sea premonopólicas) así como de los sectores terratenientes tradicionales. Esto es fácil de comprobar en un modelo como el brasileño por ejemplo, con sólo examinar el desarrollo industrial y agrícola de 1964 para acá. El proceso de violenta centralización y concentración de capitales en el primer sector es bastante conocido y por lo tanto huelga abundar sobre él; en cuanto a la evolución del agro sólo quisiera señalar que estudios recientes han podido comprobar que frente al auge de los complejos agroindustriales de propiedad monopólica hay hacendados con predios mayores de 300 hectáreas que apenas perciben un ingreso anual equivalente a la mitad de lo que les correspondería a título de salario mínimo regional. “El aspecto nuevo que emerge de estas investigaciones —escribe Alberto Passos Guimarães— es el de que la pobreza rural ha dejado de ser una peculiaridad exclusiva de la masa de campesinos y asalariados, pues alcanza ya a una parcela importante de agricultores-empresarios de no pequeño tamaño”.²

Todo esto no significa, claro está que los remanentes de la burguesía nacional o de los terratenientes tradicionales (y hablo de “remanentes” porque sus estratos de punta son refuncionalizados e incorporados al blo-

que monopólico) queden inmediata y totalmente excluidos de ciertos niveles de poder una vez que el fascismo se instaura. El temor al socialismo o a la simple reforma agraria democrática puede convertirlos incluso en sólidos puntos de apoyo del proceso de fascistización, pero es un hecho que sus intereses y proyectos de clase distan mucho de ser los hegemónicos. Basta recordar que la política económica de los regímenes fascistas persigue una despiadada eliminación de los niveles empresariales “internacionalmente no competitivos” para comprender el destino de estos sectores que cuando más pueden sobrevivir vegetativamente en áreas de la economía que no interesan de manera directa al capital monopólico o supeditándose cada vez más a su dominio. La omnimoda dominación de este último parece pues incuestionable y por ese lado hay base más que suficiente para calificar de fascistas a las dictaduras del Cono Sur.

En cuanto al otro aspecto definitorio del fascismo, o sea al hecho de que la dictadura terrorista del capital monopólico se ejerza fundamentalmente en contra de la clase obrera, también parece difícil de impugnar. Hay, en primer lugar, un conjunto de hechos políticos que saltan a la vista. Tanto el golpe de Estado de Bánzer en 1971 como el de Pinochet dos años más tarde, fueron la culminación de acciones contrarrevolucionarias dirigidas centralmente contra fuerzas proletarias que a través de procesos políticos diversos lograron articular alternativas socialistas. En este sentido resulta paradójico, por decir lo menos, que algunos estudiosos destaquen el aspecto contrarrevolucionario de estos regímenes, pero más bien para negar con ello su carácter fascista. Es probable que su razonamiento gire en torno a la idea de que los procesos en cuestión eran en verdad “reformistas” y no prosocialistas, pero entonces ¿cómo explicar el hecho de que los mencionados golpes se hayan dado con el explícito fin de “salvar a la patria del comunismo”?

El mismo golpe de 1964 en el Brasil fue más anticomunista que “anti-populista” (por más que ciertas interpretaciones interesadas en hacerlo distorsionen este carácter) y el golpe de Bordaberry en Uruguay se inició con una inequívoca represión masiva de la clase obrera (hasta ese entonces la represión se había ejercido, y muy duramente, contra movimientos revolucionarios de otra extracción social). El caso argentino es un tanto más complejo y por eso algunos sectores de izquierda dudan en calificar a la situación actual de fascista; pero aquí también es notorio que la instauración de la dictadura de Videla no fue sólo una reacción contra el desmoronamiento del gobierno de la señora Martínez, sino también una respuesta represiva a las reivindicaciones obreras y sobre todo a los intentos de autonomización política de esta clase. Interesa destacar, por lo demás, que en todos los casos mencionados el sistema entero había entrado en una fase crítica que —al menos en opinión de los interesados en defenderlo— lo ponía al borde del colapso.

Pero no hay sólo estos aspectos políticos, que tendrán continuidad con la represión constante de toda actividad obrera autónoma, sea sindical o

partidaria, sino que además está la cuestión económica que revela con claridad meridiana el carácter fundamentalmente antiobrero de tales regímenes. El balance al respecto es bastante fácil de establecer, ateniéndose a los propios datos oficiales: desde que se instauraron regímenes fascistas en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina el proletariado de estos países ha sufrido una pauperización absoluta que en promedio es del orden del 50%.³ El proceso es tan brutal y desembozado que uno puede formular la función del fascismo en este terreno en términos inequívocos: se trata de producir la mano de obra más barata posible en beneficio del capital monopolista por métodos terroristas. Incluso es legítimo afirmar que el fascismo es el eslabón político necesario para la rápida fusión del capital monopólico nativo con el multinacional sobre la base de la creación de una nueva "ventaja comparativa" (la mano de obra barata justamente) que constituye el "atractivo" substancial que la burguesía local puede ofrecer entonces a su socio mayor. Es en todo caso el medio por el cual la gran burguesía intenta salir de su atolladero histórico, ya no sólo aliándose sino esta vez fundiéndose con un capital transnacional que a su turno está más ávido que nunca de superbeneficios, ahora que la tasa de ganancia ha decrecido severamente a nivel mundial por efecto de la crisis.

En fin, parece difícil cuestionar el carácter terrorista generalizado que para cumplir con sus propósitos han asumido las dictaduras del Cono Sur. Se trata de un terror "moderno", institucionalizado y sistemático, que sin duda marca un cambio radical en el funcionamiento de la superestructura estatal. "La supresión total de las libertades democráticas, como la libertad de coalición, de prensa, de reunión, el derecho de huelga, el sufragio universal directo, etcétera, como también la prohibición de crear organizaciones autónomas de masas", todos estos elementos que Togliatti señalaba como característicos del fascismo en Italia los encontramos sin duda en los países latinoamericanos fascistizados.⁴

Incluso un apologista tan conocido de las dictaduras del Cono Sur, como es Mariano Grondona, reconoce que ellas expresan el advenimiento de una forma estatal cualitativamente distinta de la democrático-burguesa. Grondona, cierto es, no admite que se trate de Estados fascistizados sino que prefiere equiparlos con las formas absolutistas que Europa conoció en la fase de transición al capitalismo; desde un punto de vista marxista resulta sin embargo difícil imaginar que Pinochet o Geisel estén cumpliendo tareas históricas similares a las de Luis XIV.⁵

El desmantelamiento del Estado democrático-burgués y su sustitución por una forma fascista no tiene desde luego por qué revestir aquí exactamente las mismas *modalidades concretas* que tuvo en Europa, en donde por lo demás variaron de país a país. Y ni siquiera es necesario que el proceso sea estrictamente uniforme en todos los países fascistizados de América Latina. Bien sabemos que Geisel mantiene una caricatura de parlamento mientras le conviene, clausurándolo y reabriéndolo a voluntad, o que los fascistas uruguayos colocan un títere civil a la cabeza del gobierno,

en tanto que Pinochet prefiere prescindir de este tipo de rodeos. Son singularidades nacidas de la peculiaridad de cada desarrollo nacional, de cada equilibrio o desequilibrio de fuerzas, y en este nivel tienen que ser entendidas y evaluadas para ver si tienen o no relevancia en la lucha política; sea de esto lo que fuere, importa tener presente que como simples modalidades que son únicamente pueden señalar la posibilidad o imposibilidad de ciertos movimientos *tácticos* pero jamás fundar una estrategia. Esta tiene que basarse en una comprensión, o sea en el reconocimiento de que la lógica que rige el funcionamiento de la superestructura política en su conjunto no es otra que la impuesta por la dictadura terrorista del capital monopólico.

Dentro de la unidad que constituye el fascismo hay obviamente margen para la diversidad, y ello por una razón más que no cabe olvidar: el desarrollo dialéctico de la historia, determinado por la lucha de clases, hace que nunca se den superestructuras "químicamente" puras, cristalizadas de una vez por todas. Se trata siempre de *procesos* en que diversos elementos se combinan de manera compleja, produciendo ciertamente rupturas de orden cualitativo sin las cuales sería imposible hablar siquiera de distintas formas de Estado, pero abriendo al mismo tiempo un abanico de gradaciones y matices. Por lo tanto puede haber grados variables de fascistización en cada formación social, como efectivamente los hay en el Cono Sur. Chile, por ejemplo, parece presentar en el momento actual un grado de fascistización mayor que el del Brasil.

Entre el plano de lo esencial-universal y el de las singularidades concretas existe además un plano intermedio, el de la particularidad, que el análisis materialista no puede pasar por alto. En el caso de América Latina esta particularidad está dada por el hecho de tratarse de países subdesarrollados y dependientes, con una economía atrasada, deformada y que ocupa una posición siempre subalterna en el seno de la constelación capitalista-imperialista mundial.

De aquí se desprende una primera característica del fascismo latinoamericano que consiste en su imposibilidad de conseguir una base de apoyo popular, o sea de sustentarse en algún movimiento de masas. Ello tiene que ver sobre todo con el hecho siguiente: los países dependientes no pueden disponer de una afluencia de excedente proveniente del exterior que les permita expandir de manera rápida y a la vez relativamente homogénea su economía, sino que más bien están sujetos a un drenaje constante de excedentes. En esas condiciones, o bien su economía crece pero acentuando violentamente las desigualdades de todo orden y desarrollando únicamente los puntos que interesan al capital extranjero (sería el caso del Brasil), o bien zozoban en el estancamiento como sería el caso de Chile, Uruguay y Argentina en el momento actual. La diferencia entre el primer caso y los tres últimos está dado por dos factores: a) el que el Brasil haya adquirido la condición de aliado privilegiado del imperialismo y b) el que su "modelo" haya logrado implantarse antes

de que el capitalismo mundial entrara en crisis. La conjunción de ambos factores le permitió adquirir el carácter de "milagro" (antes de la crisis), pero con un costo social bien conocido que constituye la barrera estructural que ha impedido el desarrollo de un fascismo con apoyo de masas. Inútil pensar siquiera en la posibilidad de una movilización fascista de ciertos sectores obreros o campesinos cuando estas dos clases en conjunto sufren un proceso de pauperización pocas veces conocido; aventurado tratar de movilizar en igual sentido a las masas pequeñoburguesas cuando el grueso de éstas soportan los efectos de un brusco proceso de centralización de capitales en beneficio de los monopolios extranjeros.

En los casos de Chile, Uruguay y la Argentina la cuestión es más clara todavía. Limitémonos a añadir que incluso las capas medias han experimentado aquí una depauperación y una "marginación" que probablemente son las más graves de su historia. Su nivel de vida ha descendido bruscamente y los solos despidos masivos de empleados públicos han contribuido a crear una legión de cesantes.

En estas circunstancias nada tiene de extraño que la "línea de masas" del fascismo haya sido —allí donde se dio— de muy corta duración. La hubo en Chile, por ejemplo, en el momento en que la gran burguesía se enfrentó con el gobierno de la Unidad Popular movilizándolo en su contra a vastos sectores de la pequeña burguesía y ciertos estratos de las capas medias; pero tales movilizaciones terminaron el mismo 11 de septiembre de 1973, sin que se intentara siquiera construir un partido fascista sobre la base de estos movimientos sociales. Factor clave del proceso de desestabilización del gobierno de Allende, no podían convertirse en un sólido soporte orgánico del régimen que se instauró después ya que sus intereses y perspectivas estaban condenadas a entrar en colisión con la política promonopólica que es la médula del fascismo. En el momento mismo de escribir estas líneas la prensa da cuenta de una abierta pugna del gremio de camioneros y la asociación médica con la dictadura chilena, en razón de la penuria económica a que se ha conducido a los miembros de estas dos organizaciones que paradójicamente constituyeron los más eficaces arietes "populares" de la lucha antiallendista.⁶

Otro rasgo particular del fascismo latinoamericano consiste en su imposibilidad de implantar una política de tipo nacionalista, dada nuestra configuración dependiente. En el plano objetivo esto se torna impensable puesto que el capital monopólico dominante es justamente extranjero y mal puede desarrollar una política en contra de sí mismo. Y en el plano subjetivo tampoco es fácil agitar banderas nacionalistas para movilizar a las masa por las sencilla razón de que en los países dependientes ello corre el riesgo de adquirir desde la base proyecciones antiimperialistas.

El elemento nacional-chauvinista del fascismo alemán o japonés se asentaba sobre un elemento objetivo constituido por la posibilidad real de expansión del capital monopólico nativo más allá de sus fronteras patrias; nada de esto puede darse en el caso del fascismo latinoamericano

que en sí mismo es el resultado de un movimiento inverso, es decir, de la penetración del capital extranjero en nuestros espacios nacionales. Resulta poco menos que ridículo imaginarse a Chile, Uruguay, Bolivia e incluso la Argentina convertidos en países imperialistas por obra y gracia de la política fascista, e incluso aquello del "subimperialismo" brasileño debe analizarse con la debida atención. En primer lugar parece desacertado examinar el movimiento del capitalismo en el Brasil como si fuese realmente autónomo, o sea independiente del movimiento del capital internacional que predomina en esta formación social. El intervencionismo "brasileño", patente en la vida política boliviana, uruguaya y chilena (para no hablar de la intervención armada en la República Dominicana en 1965), es un hecho que dista mucho de corresponder a una diástole del capital nativo; en su esencia no es otra cosa que un reflejo mediado de la expansión del capital transnacional. Para afirmar lo contrario habría que demostrar previamente que el capital originario de Brasil ha entablado una lucha con el capital imperialista de otras nacionalidades por la conquista de mercados y el aseguramiento de fuentes de materias primas, lo que es falso; para que esto sucediese tendría que comenzar por independizarse en el seno de su propia formación social, cosa que por lo menos hasta ahora no ha ocurrido.

Lo anterior no quiere decir que la franja de capital monopolístico nativo no intervenga como socio menor de ciertas aventuras expansivas o que la propia dictadura brasileña no alimente la ilusión de convertir al Brasil en potencia imperialista aunque sea de segundo orden, lo cual ha dado origen a cierta dosis de "nacionalismo". Quiere decir, simplemente, que lo uno y lo otro chocan con la barrera objetiva de haber llegado tarde al reparto del mundo. Nada más ilustrativo al respecto que el fallido proyecto de ocupar por lo menos el lugar del declinante imperio portugués en África en el preciso momento en que su derrumbe, lejos de facilitar la realización de aquel proyecto, permitía más bien que las antiguas colonias se encaminasen por una vía socialista.

El fascismo latinoamericano es en todo caso la alternativa política más expedita para la desnacionalización de nuestras economías, como lo prueba el propio "milagro" brasileño. En los países que se fascistizaron posteriormente, en la década de los setenta, este proceso supone incluso el desmantelamiento del antiguo sector capitalista de Estado, cuya privatización es sinónimo de desnacionalización. Con ello el Estado nacional acaba por perder todo grado de autonomía frente al capital extranjero y aun ideológicamente queda desarmado en este terreno por más que ciertos teóricos intenten disfrazar la situación hablando de un "nacionalismo de fines" (últimos) que habría reemplazado a un anterior "nacionalismo de medios". Lo que esconden frases como estas no es más que el real proceso de sustitución del viejo capitalismo de Estado, muchas veces antimonopolístico y nacionalista, por una nueva situación de capitalismo monopolista de Estado en la que la fuerza brutal del fascismo militar se

aúna con el capital monopólico extranjero y la franja monopolista local “transnacionalizada” para llevar a cabo un proceso simultáneo de explotación de las clases populares y de desnacionalización de la economía latinoamericana. Con ello el fascismo termina por operar no sólo un cambio cualitativo en la forma de la dominación política sino además un cambio de igual orden en el papel económico del Estado. Culminación de un proceso previo de monopolización del proceso productivo, el Estado fascitizado devine a su turno la palanca más eficaz de constitución plena de la fase capitalista monopolista de Estado con las modalidades específicas que ésta tiene que asumir en los países dependientes.

Incapaz de poner en marcha un proceso de desarrollo autosustentado, internamente coherente y con reales posibilidades de expansión, el fascismo latinoamericano dista mucho de resolver la crisis de las sociedades a las que subyuga. Tampoco puede establecer en ella una verdadera hegemonía de la clase a la que expresa, si por hegemonía entendemos el hecho de aparecer ante las masas como encarnación de los intereses de la nación. Falto de un “consenso”, este fascismo se sustenta básicamente en un aparato militar que tiene que ocupar desde fuera, en una operación de “guerra interna”, todos los puntos estratégicos de la sociedad civil, comenzando por los denominados “aparatos ideológicos de Estado”. Su fuerza es pues una fuerza militar; su debilidad una debilidad civil.

No hay que caer sin embargo en la ilusión de pensar que se trata de regímenes fascitizados pero de una fragilidad tal que pueden derrumbarse ante la primera arremetida de las masas. En sí mismo el terror no es poca cosa y peor aún cuando los cuerpos armados que lo ejercen son una prolongación del aparato imperialista mundial de represión. Tampoco hay que subestimar la capacidad del capital monopólico para incorporar a su proyecto a las “alturas” de la burocracia civil y a las capas de gerentes y administradores de su vasto aparato productivo, constituyendo en torno a ellos una red importante de intereses locales. En fin, el hecho de que el fascismo local no pueda conseguir un amplio “consenso” no quiere decir que esté incapacitado de ejercer un terrorismo ideológico generalizado, incrementando así toda suerte de temores, incertidumbres y vacilaciones. De no disponer de este abanico de recursos económicos, políticos e ideológicos los regímenes en cuestión se habrían derrumbado ya como castillos de naipes.

Si la debilidad “civil” del fascismo señala su talón de Aquiles y abre la *posibilidad* de conformar en un plazo más o menos breve un frente de masas capaz de derrocarlo, su fuerza militar *impone* la necesidad de crear una verdadera contrafuerza social dando a dicho frente la mayor amplitud, o sea convirtiéndolo en el punto de convergencia de las aspiraciones legítimas de todos los sectores antifascistas que constituyen la inmensa mayoría de la población. Este punto de convergencia no puede ser otro, a nuestro juicio, que el de la lucha por el establecimiento de una democra-

cia avanzada que sea la fase mediadora entre la etapa de fascistización que estamos viviendo y la meta socialista que no tardaremos en alcanzar.

Me parece innecesario extenderme aquí sobre el contenido concreto de la fase de democracia avanzada, puesto que sus líneas fundamentales han sido ya trazadas por los partidos populares que son los auténticos portavoces de nuestros pueblos y la garantía de que las transformaciones previstas se llevan efectivamente a cabo. Sólo quisiera, antes de terminar con este breve ensayo, referirme a un punto particular de la controversia sobre el fascismo que a muchos desconcierta.

No hace mucho, alguien me preguntaba por qué si múltiples estudios sobre las dictaduras del Cono Sur coinciden en sus análisis concretos de lo que allí sucede en los planos económico, político e ideológico, difieren sin embargo en cuanto a la "caracterización" de la situación como fascista o no y sobre todo hacen (o hacemos) de este asunto una cuestión vital. Yo creo que la respuesta sólo puede provenir de la constatación de que en el marxismo no existen terminologías "puras" en el sentido de carente de connotaciones políticas, ideológicas y aun estrictamente simbólicas. Así como al hablar de un feudalismo latinoamericano uno no deja de revelar un mínimo siquiera de filiación con el denominado marxismo "tradicional", asimismo al emplear el término fascismo no deja de insertarse en cierta perspectiva política y agitar cierta bandera. Y he subrayado lo de "término" para poner de relieve que sin aquella filiación o esta inserción *conceptos* como los mencionados igualmente podrían expresarse con una palabra distinta, es decir con otro signo lingüístico. Técnicamente hablando nada impide que un significado (concepto) se exprese a través de cualquier significante.

Lo importante, para no caer en el puro nominalismo, es tener conciencia de que ninguna estrategia ni ninguna táctica pueden desprenderse de tal o cual palabra que empleemos, sino del análisis que hagamos de una situación determinada *conceptualizándola* adecuadamente. Quiero decir con esto que no porque denominemos "dictadura gorila" o algo por el estilo al régimen terrorista que el capital monopólico ha establecido contra el pueblo chileno va a cambiar un ápice de su *contenido* fascista, ni va alterarse en nada la correlación de fuerzas objetivas que de esta situación se deriva. Y sería más ingenuo todavía suponer que la sustitución del término fascismo por otro es el acto de magia que permite "quemar" etapas y saltar de inmediato al socialismo. Si de cuestiones verbales dependiera el avance de la historia, con seguridad los grupos que desde hace mucho las cultivan habrían conseguido por lo menos un éxito en alguna parte del planeta. Tengo la impresión (a lo mejor errónea) de que esto todavía no ha ocurrido ni está cerca de ocurrir, mientras por otro lado me parece posible constatar un poderoso crecimiento de la conciencia *antifascista* en escala no sólo latinoamericana sino mundial. Creo que los intelectuales progresistas podemos contribuir con nuestros análisis y denuncias al robustecimiento de esta conciencia positiva y apoyar así las

luchas de las genuinas organizaciones de masas. Es un punto de vista muy personal, pero a él me apego con firme convencimiento.

- ¹ *Reflexiones sobre el momento actual de América Latina*, publicado en *El día*, de México, los días 7 y 8 de enero de 1977.
- ² *O complexo agroindustrial no Brasil*, publicado en el semanario brasileño *Opinão*, 5 de noviembre de 1976.
- ³ Cf. nuestro artículo "Fascismo y economía en América Latina", publicado por la revista *Controversia*, N° 2, Guadalajara, febrero-abril de 1977.
- ⁴ "A propósito del fascismo", en *Escritos políticos*, Ed. ERA, México, 1971.
- ⁵ Revisense los múltiples editoriales que al respecto ha publicado Grondona en la revista *Visión* en 1976.
- ⁶ Me refiero a los cables publicados por los diarios mexicanos *Excelsior*, *El día* y *El sol* en la segunda semana de mayo del presente año.